nado de cuarenta y cinco grados, pero tan en derechura, que le pareció á Graham, y quizás á muchos de los que estaban debajo, que no volvería á levantarse.

La máquina pasó tan cerca de Graham, que éste pudo ver á Ostrog, asido á los montantes del asiento, erizada su canosa cabellera; y el aeronauta, lívido, encorvado sobre la palanca que dirigía el propulsor. Oyó el vago grito lanzado por la multitud.

Graham se asió á la barandilla que tenía delante, respirando con dificultad. El segundo pareció un siglo.

La quilla del aparato no estuvo á más de un palmo de la cabeza de la muchedumbre, que retrocedió, con un grito de espanto, atropellándose unos á otros.

Y después se levantó.

Por un momento pareció cosa imposible el que pudiera rebasar la inmensa pared opuesta, y después que pudiera evitar el gigantesco molino de viento que giraba más allá.

Pero todo esto fué salvado y la aeropila se cernió en el espacio libre.

A la espectación del momento siguió una furia de exasperación cuando el pueblo se dió cuenta de que Ostrog se había escapado. Con retrasada actividad empezaron á hacer fuego, hasta el punto de oirse tan sólo un rumor de terremoto y de llenar el ambiente del humo azulado y picante del explosivo.

¡Demasiado tarde! La aeropila iba disminuyendo más á cada momento, y describiendo una graciosa curva en lo alto bien pronto desapareció á lo lejos. Ostrog se había salvado.

Por unos momentos un confuso clamoreo subió de las ruinas, y después la atención se concentró en Graham, inclinado, allá arriba, sobre el parapeto, Graham vió los ojos fijos en él, oyó los gritos que le saludaban. De todas las calles llegó el canto de la revolución extendiéndose como una brisa sobre aquel mar de cabezas.

El pequeño grupo de gente que le rodeaba le felicitó por haber escapado de manos de Ostrog. El hombre de amarillo estaba á su lado, rígida la faz y los ojos centelleantes. Y el canto iba propagándose más y más fuerte: *plan*, *plan*, *plan*, *plan*.

Lentamente fué dándose cuenta de la plena significación de aquellas cosas para él, del rápido cambio en su posición. Ostrog, que siempre se había interpuesto entre el pueblo y él, no estaba allí. Ya no había quién gobernase para él. El pueblo que le rodeaba, los jefes y organizadores de la multitud, le miraban esperando saber lo que quería hacer, lo que mandaría: sus órdenes. Era verdaderamente el rey.

Graham estaba decidido á hacer lo que se esperaba de él. Sus nervios y músculos temblaban, su mente quizás estuviese un tanto confusa, pero ya no sentía ni temor ni cólera. La mano que le magullaron en la lucha le dolía y estaba como febril. Se sentía un poco nervioso acerca de su parte. Sabía que no tenía temor, pero quería demostrar que no lo tenía. En su primera vida se había sentido con frecuencia mucho más excitado jugando una partida de ajedrez. Deseaba una acción inmediata, comprendía que no debía pensar mucho en los detalles de la ingente complicación de la lucha que se aproximaba, so pena de quedar paralizado por lo intrincado de esta complicación. Allá á lo lejos, sobre aquellos inmensos edificios, las estaciones volantes, reinaba Ostrog; y él iba á luchar, por el mundo, contra Ostrog.

CAPITULO XXIII

MIENTRAS VENÍAN LOS AEROPLANOS

Durante un buen intervalo el dueño de la tierra no fué dueño de sus pensamientos. Aún su voluntad no parecía su propia voluntad, sus actos le sorprendían y no eran sino una parte de la confusión de extrañas experiencias que cruzaban á través de todo su ser.. Algunas estaban claramente definidas; los aeroplanos venían. Elena

Wotton había advertido al pueblo de su venida, y él, él era el Amo de la Tierra. Cada uno de estos hechos parecían luchar para tener completa posesión de sus pensamientos. Atravesaron un dédalo de animados salones, elevados pasadizos, aposentos repletos de revolucionarios que celebraban consejo, aposentos del cinematógrafo y teléfono, y otros con grandes ventanas que daban sobre un mar de hombres marchando. El hombre de amarillo y otros á quienes creyó oir llamar jefes de la guardia, le impelían hacia adelante ó le seguían obedientemente; era difícil decirlo. Quizás no hacían ni una cosa ni otra. Quizás un poder oculto y no sospechado les guiaba á todos. Graham se daba cuenta de que iba á lanzar una proclama á los pueblos de la tierra, de que ciertas grandiosas frases flotaban en su mente entre aquellas que pensaba pronunciar. Sucedieron ciertos menudos incidentes, y luego se encontró, acompañado del hombre de amarillo, en un pequeño aposento donde debía hacer la proclama.

El aposento estaba extrañamente adornado. En el centro se veía un brillante óvalo iluminado por globos eléctricos deslustrados. El resto permanecía en la sombra, y las dobles puertas, á través de las cuales había pasado, viniendo del salón del Atlas, hacían la estancia muy tranquila. El mortal silencio que le rodeó, la completa extinción del tumulto en que había vivido hacía horas, el tembloroso círculo de luz, los murmullos y silenciosos movimientos de los servidores envueltos en la sombra, todo esto produjo en Graham un extraño efecto. Los inmensos oídos de un aparato fonográfico se abrieron para recibir sus palabras, los negros ojos de una gran cámara fotográfica esperaban que comenzase; más allá, varillas y alambres metálicos centelleaban confusamente, y algo giraba en torno con ahogado zumbido. Se encaminó al centro del óvalo y su sombra se recogió, escueta y negra, en un pequeño círculo á sus pies.

La vaga forma del discurso estaba ya casi elaborada en su mente. Pero este silencio, este aislamiento, la súbita cesación de aquel contagioso estrépito, la silenciosa espectación de vibrantes y centelleantes máquinas, no habían entrado en sus cálculos. Todos sus soportes parecieron derrumbarse juntos; cambió en un momento. Encontró ahora que tenía que ser inadecuado, temió aparecer teatral, temió la calidad de su voz, la de su ingenio, y se volvió al hombre de amarillo con gesto propiciatorio.

—Es preciso—dijo—que espere unos momentos. No creí que fuese esto. Debo pensar lo que he de decir.

Continuaba aún vacilante cuando llegó un agitado mensajero con la noticia de que los primeros aeroplanos pasaban sobre Arawan.

—¿Arawan?—repitió él.—¿Dónde está eso? Pero en fin... están en camino. ¿Cuándo llegarán?

—A la puesta de sol.

—¡Gran Dios! Dentro de pocas horas. ¿Y qué se sabe de las estaciones volantes?—preguntó.

—La gente de la avanzada sudoeste está dispuesta.

—¡Dispuesta!

Volvió impaciente al óvalo iluminado.

—Supongo que debe ser un discursito; ¡si supiera con certeza qué debo decir! ¡Los aeroplanos en Arawan! Deben haber salido mucho antes que la flota. ¡Y la gente dispuesta! Con seguridad... ¡Y qué importa, después de todo, que yo hable bien ó mal!—añadió, y notó que la luz ganaba en intensidad.

Había elaborado algunas vagas frases sobre el sentimiento democrático, cuando súbitas dudas vinieron á abrumarle. Había perdido la segura convicción acerca de su creencia en su heroica calidad y destino. Bruscamente se le hizo claro que aquella revolución contra Ostrog era prematura, destinada á retrasar el impulso de la pasión contra cosas incontables. Pensó en el vuelo veloz de aquellos aeroplanos, semejantes á la garra del Destino, dirigida hacia él. Le asombró haber podido ver las cosas bajo otra luz. Se debatió en esta final contingencia, pero determinado á toda costa á continuar el camino emprendido. Y entretanto no encontraba una palabra para empezar. Estando así, vacilante, á punto de dar una indiscreta excusa por su torpeza, se oyó un fuerte clamoreo fuera, y el ruido de muchos pies.

—Esperanza—exclamó alguien, y se abrió una puerta.

—¡Ella viene!—decían las voces.

Graham volvióse y las luces se desvanecieron.

Por la puerta entreabierta vió una figura gris que cruzaba una espaciosa sala. Su corazón dió un salto. Era Elena Watton. Detrás y en torno suyo resonaba una tempestad de aplausos. El hombre de amarillo se aproximó á Graham.

—Esta es la joven que nos ha revelado las intenciones de Ostrog—dijo.

El rostro de la joven estaba encendido, y su negra cabellera caía esparcida por sus espaldas. Los pliegues del suave vestido de seda flotaban en torno suyo. Iba acercándose y el corazón de Graham latía con violencia. Todas sus dudas se disiparon.

—¿No nos ha traicionado usted?—gritó.—¿Está usted con nosotros?

—¿Dónde ha estado usted?—preguntó Graham.

—En las oficinas de la guardia del sudoeste. Hasta hace unos diez minutos no he sabido que usted había vuelto. Fuí á las oficinas á decirles á los jefes lo que ocurría para que ellos previniesen al pueblo.

—Yo vine tan pronto como supe...

—¡Lo sabía—exclamó ella;—sabía que usted estaría á nuestro lado! Y he sido yo... yo, quien se lo ha dicho, Y se han levantado. Todo el mundo está en armas. El pueblo ha despertado. ¡Gracias á Dios que no he trabajado en vano! Usted es el Amo aun.

—Usted les ha dicho...—empezó lentamente Graham, y notó que, á pesar de su segura mirada, los labios de la joven temblaban y su seno se levantaba.

—Se lo he dicho. Sabía la orden. Estaba aquí. Oí que se iban á traer negros á Londres con objeto de dominarle á usted y dominar á Londres... para tenerle á usted prisionero. Me apresuré á llevar la nueva al pueblo. Y usted todavía es el Amo.

—¿Y usted ha hecho eso?... ¡Usted, la sobrina de Ostrog!

—¡Por usted!—exclamó ella.—¡Por usted! ¡Para que usted, á quien el mundo ha esperado tanto tiempo, no fuese privado de su poder!

Graham se quedó un momento mirándola, sin poder pronunciar una palabra. Sus dudas y vacilaciones habían desaparecido á su presencia. Recordó las cosas que había pensado decir. Encaró de nuevo la cámara y la luz adquirió de nuevo gran intensidad. Volvióse á ella.

—Usted me ha salvado—dijo;—ha salvado mi poder. La lucha ha empezado. Dios sabe lo que esta noche se verá... pero no deshonor.

Se detuvo. Dirigióse á las invisibles multitudes que le contemplaban á través de aquellos grotescos ojos negros. Comenzó á hablar lentamente.

—Hombres y mujeres de la nueva edad—dijo;—os habéis levantado para combatir por la raza... Ante nosotros no se presenta una fácil victoria.

Se detuvo para coordinar frases. Volvieron los pensamientos que pasaron por su mente antes de llegar Elena, pero transfigurados, no ya oscurecidos por la sombra de vacilación alguna.

—Esta noche es un comienzo—dijo.—La batalla que se prepara, esa batalla que se aproxima, no es más que el principio. Quizás habréis de luchar toda vuestra vida. No os importe que yo sea vencido, que yo sea destrozado.

Encontró la cosa en su mente demasiado vaga para ser expresada. Se detuvo un momento, y entró en vagas exhortaciones, y después un torrente de palabras salió de sus labios. Mucho de lo que dijo no eran sino humanitarios aforismos de la pasada edad, pero la convicción de su voz los llenó de nueva vitalidad. Explicó el caso de su siglo al pueblo de la nueva edad, á la mujer que tenía á su lado.

«Yo he venido á vosotros desde el pasado — dijo — con la memoria de un siglo que esperaba. Mi siglo era un siglo de ensueños... de comienzos, un siglo de nobles esperanzas; en todo el mundo queríamos el final de la esclavitud; en todo el mundo queríamos el deseo de que cesasen las guerras, de que los hombres pudiesen vivir noblemente en paz y reposo.

»...Así esperábamos en aquellos días que pasaron. ¿Y qué ha sido de estas esperanzas? ¿Qué es el hombre después de doscientos años?

»Grandes ciudades, vastos poderes, una grandeza co-

lectiva más allá de lo soñado. Para esto no trabajamos y esto ha venido. ¿Pero que es de las pequeñas vidas que sostienen lo más grande? ¿Qué es de las vidas comunes? Lo que siempre... sinsabor y trabajo, vidas inadecuadas y abortadas, vidas tentadas por el poder, tentadas por las riquezas y malogradas en la disipación y en la locura. La fe antigua se ha marchitado, la nueva fe... ¿Es que existe una nueva fe?»

Cosas que había, hacía mucho tiempo, deseado creer, se encontró con que las creía. Se sumergió en la creencia y se aferró á ella y se mantuvo así. Hablaba con frase elevada, con períodos entrecortados, pero con todo su corazón y su fuerza, de aquella nueva fe que palpitaba en su ser. Habló de las grandezas de la abnegación, de su creencia en una vida inmortal de la Humanidad en que vivimos y nos movemos. Su voz se levantaba y caía, y los aparatos repercutores reproducían estrepitosos aplausos. Durante unos pocos gloriosos momentos se dejo llevar de su entusiasmo; no tenía duda de su heroica condición ni de sus heroicas palabras, todo era sencillo y seguro. Su elocuencia no decayó ya. Por último terminó diciendo:

—Y ahora haré aquí y en este instante mi testamento. Todo lo que es mío en el mundo se lo dejo al mundo. Se lo dejo al pueblo y yo mismo me doy al pueblo. Si Dios quiere que viva, viviré para vosotros, y si no, moriré por vosotros.

Hizo un gesto florido y salió del óvalo. Encontró la luz de su presente exaltación reflejada en el semblante de la joven. Sus ojos se encontraron; los de ella estaban velados por las lágrimas. Se dieron la mano y estuvieron contemplándose con elocuente silencio.

—¡Ya lo sabía—murmuró ella,—ya lo sabía!

El no podía hablar y estrechó su mano con más fuerza. Su mente estaba llena de gigantescas pasiones.

El hombre de amarillo estaba con ellos. Ninguno de los dos le había visto. Venía á decir que el pueblo del sudoeste estaba en marcha.

—No lo esperaba tan pronto—exclamó.—Han hecho

maravillas. Debe usted enviarles un mensaje que les preste mayores ánimos.

Graham dejó la mano de Elena y le miró abstraído. Después, con un movimiento volvió á su preocupación sobre las estaciones volantes.

—Sí—dijo;—eso me place mucho, mucho.

Les envió un mensaje.

—Decidles ¡bravo por el sudoeste!

Volvió de nuevo sus ojos á Elena. En su rostro se retrataba la lucha de encontradas ideas.

—Es necesario que nos apoderemos de las estaciones volantes—dijo.—Si no lo hacemos, allí tomarán tierra los negros. Hay que impedirlo á toda costa.

Pero sintió que no era esto lo que había tenido en su mente antes de la interrupción. Vió un destello de sorpresa en los ojos de Elena. Pareció que iba á hablar, pero un vibrante campanillazo ahogó su voz.

Ocurriósele á Graham que la joven esperaba que él se pusiese al frente de aquellas gentes que marchaban al combate, y esto fué lo que decidió hacer. Hizo de pronto la proposición. Vió brillar su rostro.

—¡Aquí no hago nada!—dijo Graham.

—Eso es imposible—protestó el hombre de amarillo.—Se trata de una lucha en la calle. Su puesto de usted es éste.

Se explicó. Señaló el aposento donde Graham debía esperar, é insistió que no era posible tomar otro partido.

—Es necesario que sepamos dónde se halla usted—dijo.—En cualquier momento puede originarse una crisis que haga necesaria su presencia y decisión.

El aposento en cuestión estaba lujosamente decorado, se veían nuevas máquinas y un espejo que había estado en relación con el gran espejo del nido del cuervo. Parecióle muy natural á Graham que Elena se quedase con él allí.

Se le ocurrió que vería algo semejante á la lucha dramática ocurrida en las ruinas. Pero el espejo no reflejaba el campo de batalla que había imaginado. Al contrario, aislamiento y espectación. Tan sólo por la tarde entrevió algo de la lucha empeñada, invisible, á cuatro millas de

allí, detrás de la estación de Rochampton. Una lucha extraña y sin precedentes, una batalla que se componía de cien pequeñas batallas, una batalla en un laberinto de encrucijadas y canales, lucha sostenida sin vista de sol ni cielo, al resplandor de las luces eléctricas, lucha llevada á cabo en medio de una vasta confusión, por multitudes degeneradas en el trabajo manual y enervadas por la tradición de doscientos años de servil seguridad, contra multitudes desmoralizadas por concesión de veniales privilegios y sensuales permisiones. No tenían artillería, ni había diferencia en sus fuerzas; la única arma usada de ambas partes era la pequeña carabina de metal verde, cuya secreta manufactura y súbita distribución, en enormes cantidades había sido uno de los medios de que se había valido Ostrog contra el Consejo. Pocos sabían manejar estas armas, muchos jamás habían hecho un disparo, y había bastantes que no tenían municiones; jamás se había visto fuego más salvaje en la historia de la guerra. Era una batalla de aficionados, un repugnante ensayo del arte de la guerra, revoltosos combatiendo contra revoltosos.

De vez en cuando se recibían noticias de los aeroplanos, los cuales se acercaban, viéndoseles pasar por varios puntos, y la última noticia los denunciaba en el sur de Francia. Pero de los nuevos cañones que Ostrog había hecho fabricar, y que se sabía estaban en la ciudad, no llegaba noticia alguna, á pesar de la urgencia de Graham, ni tampoco de la lucha trabada en las estaciones volantes. Sección tras sección de las sociedades obreras iban congregándose, se ponían en marcha, y se perdían en el laberinto de la batalla. ¿Qué ocurriría allá? Ni siquiera los activos jefes de la revuelta lo sabían. A pesar del abrir y cerrar de puertas, del incesante campanilleo y del rechinamiento de los diversos aparatos, Graham se sentía aislado, inactivo, extrañamente pasivo.

Este aislamiento le parecía á veces la más extraña, la más inesperada de todas las cosas que le habían ocurrido desde el momento de su despertar. Tenía algo de la condición de esa inactividad que acompaña á los sueños. ¡Un tumulto, la estupenda realización del mundo dividido en una lucha, por Ostrog y por él, y después aquel silencioso aposento con sus máquinas y timbres y su espejo panorámico!

Tan pronto cerrábase la puerta y quedaban solos; luego se abría bruscamente y entraban mensajeros, ó un agudo timbre interrumpía sus pensamientos y le hacía la impresión de la ventana de una casa bien construída y alumbrada que se abriese de pronto á una ráfaga huracanada. La obscura precipitación y tumulto, el empuje y vehemencia del combate llegaban por un momento dominándolo todo. Ya no eran personas, sino meros espectadores, meras impresiones de una tremenda convulsión. Ni aun ellos dos se aparecían como reales para sí mismo, y las dos antagónicas realidades, las solas, eran, primero la ciudad, numerosa y luchando frenética allá, y en segundo lugar, los aeroplanos viniendo rápidos é inexorables sobre ellos.

Al principio, su condición había sido la de una exaltada confianza, se apoderó de ellos un gran orgullo, orgullo del uno por el otro, á causa de las grandes concepciones que habían imaginado. Al principio había paseado por el aposento elocuente, con una transitoria persuasión de su tremendo destino. Pero lentamente inquietas intimaciones de su próxima derrota tocaron su ánimo. Transcurrió un largo intervalo en que nadie vino á interrumpirles. Cambió de asuntos, pensó más en él, habló de lo maravilloso de su letargo, de la reducida vida de sus memorias, remotas pero claras, algo semejante á lo que se vería invirtiendo unos gemelos de teatro, y de todo el breve lapso de deseos y errores que formaron su primera existencia. La joven dijo muy poco, pero la emoción en su rostro seguía los tonos de la voz de Graham, y parecióle á éste que por último había encontrado una perfecta inteligencia. De estas reminiscencias pasó al sentimiento de grandeza que ella le imponía.

—Y á través de todo esto—dijo—tenía este destino delante de mí; esta vasta herencia con la cual no había siquiera soñado.

Insensiblemente su preocupación ante la revolucionaria convulsión, dejó puesto á cosas más familiares. Co-

menzó á interrogar á Elena. Esta le habló de los días anteriores á su despertar, de los juveniles ensueños que habían sido como un sesgo en su vida, de las incrédulas emociones que su despertar había producido en ella. Le habló de una trágica circunstancia de su juventud que le había obscurecido la dicha, avivado su sentido sobre la injusticia y abierto prematuramente su corazón á los más violentos sinsabores de la vida. Durante un corto rato, ó así se lo pareció á él, la gran lucha sostenida por el pueblo quedó olvidada.

Pero estos detalles íntimos fueron interrumpidos por la entrada de mensajeros que venían á decir que una gran flota de aeroplanos había pasado por encima de Aviñón. Graham se encaminó al aparato reflector del ángulo y se aseguró de la certeza de la nueva. Fué al departamento geográfico y midió sobre el mapa las distancias de Aviñón á Nueva Arawan y á Londres. Hizo un rápido cálculo. Encaminóse al salón donde estaban los jefes á preguntarles por el estado de la lucha; pero allí no encontró á nadie. Volvió con Elena.

Su rostro había cambiado. Ocurriósele que la lucha estaba á más de su mitad, que Ostrog se defendería á todo trance, y que la llegada de los aeroplanos podía introducir el pánico. Una frase casual le hizo vislumbrar la realidad de las cosas. Cada uno de aquellos gigantescos barcos volantes llevaba quinientos negros salvajes que introducirían el exterminio en la ciudad. De pronto su humanitario entusiasmo pareció debilitarse. Tan sólo dos de los jefes populares estaban en su aposento cuando volvió de nuevo; el salón del Atlas parecía vacío. Parecióle ver un cambio en el rostro de las personas que esperaban sus órdenes. Una sombría desilusión obscureció su mente. Elena le miró ansiosa cuando volvió de fuera.

—No hay noticias—dijo con fingida naturalidad en respuesta á sus miradas.

Después tuvo un impulso hacia la franqueza.

—O mejor dicho... malas noticias. Perdemos terreno. Las estaciones no son nuestras aun y los aeroplanos no tardarán en aparecer.

Dió un paseo por la estancia, y regresó.

—Si no nos apoderamos de las estaciones dentro de una hora... veremos cosas horribles. Seremos batidos.

—¡No!—dijo.—Tenemos la justicia de nuestra parte... tenemos el pueblo. ¡Dios está á nuestro lado!

—Ostrog posee la disciplina... tiene planes. ¿Sabe usted de lo que siente ahora... después de haber oído lo de la proximidad de los aeroplanos? Pues como si luchase contra la maquinaria del destino.

La joven guardó silencio durante unos momentos.

—Hemos hecho bien—dijo por último.

El la miró dudando.

—Hemos hecho lo que hemos podido. ¿Pero depende esto de nosotros? ¿No se trata de un pecado más antiguo, más violento?

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó ella.

—Esos negros salvajes, gobernados por la fuerza, usados como fuerza. Y han estado bajo el dominio de los blancos durante doscientos años. ¿No es esta una lucha de razas? La raza peca... la raza paga.

—¡Pero esos obreros, ese pobre pueblo de Londres!...

—Merecida expiación. Permanecer en el error es participar de la culpa.

Elena le miró profundamente, asombrada del nuevo aspecto que presentaba.

Oyóse dentro el vibrar de un timbre, el sonido de pasos y la algarabía de un mensaje fonográfico. El hombre de lo amarillo se presentó.

—¿Qué?—preguntó Graham.

—Están ya en Vichy.

—¿Y qué ha sido de los hombres que esperaban en el salón del Atlas?—preguntó Graham de pronto.

La máquina parlante avisó otra vez.

—Podemos vencer aún—dijo el hombre de ropaje amarillo acudiendo al fonógrafo.—Sólo que encontrásemos los cañones que Ostrog tiene ocultos. Se buscan sin parar. Quizás este mensaje...

Graham le siguió. Pero la noticia se refería también á los aeroplanos. Se cernían sobre Orleans.

Graham volvió al lado de Elena.

—Nada de nuevo—dijo;—nada de nuevo.

—¿Y nada podemos hacer?

—Nada.

Graham paseaba con impaciencia. De repente se dejó llevar de su natural colérico.

—¡Maldito sea este complicado mundo—exclamó—y todas las invenciones de los hombres! ¡Que un hombre haya de morir como una rata en una trampa, sin ver al enemigo! ¡Oh, por un golpe!

Hubo un brusco cambio en sus maneras.

—¡Esto son necedades!—dijo.—Soy un salvaje.

Dió otro paseo y se detuvo.

—Después de todo, París y Londres no son más que dos ciudades. Toda la zona templada está sobre las armas. ¿Qué importa que París y Londres sean destruídas? Menos accidentes.

De nuevo tuvo que salir para recibir noticias. Volvió con el rostro más grave y se sentó junto á Elena.

—El final está próximo—dijo.—El pueblo lucha y perece á millares; los alrededores de Rochampton parecen una columna ahumada. Y mueren en vano. Están todavía en la parte baja de las estaciones. Los aeroplanos están cerca de París. Aun si ahora se presentase un destello de éxito, nada podríamos hacer, no tendríamos tiempo para intentar nada antes de tenerlos encima. Los cañones que hubieran podido salvarnos están mal colocados. ¡Mal colocados! Fíjese usted en el desorden de estas cosas. ¡Piense usted en ese loco tumulto, que ni siquiera sabe hacer uso de sus armas! ¡Oh, por una aeropila... una nada más! Por falta de ella me veo derrotado. ¡La humanidad batida y perdida nuestra causa! Mi reinado, mi loco reinado no durará una noche... Y yo he inducido al pueblo á la lucha...

—De todos modos lo hubiera hecho.

—Lo dudo. He ido entre ellos...

—No—exclamó ella,—eso no. Si llega la derrota... si usted muere... ¡Pero eso no puede ser... no puede ser, después de tantos años!

—¡Ah! Teníamos buenos propósitos. Pero... Usted realmente cree...

—Si le vencen á usted—exclamó Elena,—usted ya ha hablado. Su palabra ha cruzado el mundo como un gran viento, sacudiendo la llama de la libertad. ¡No importa que la llama chisporrotee un poco! Nada puede cambiar las palabras dichas. Su proclama es conocida en todas partes...

—¿A qué bueno? Puede ser. Ya sabe usted lo que le dije cuando me habló de esas cosas... ¡Dios potente!... Aun no hace muchas horas... la dije á usted que no tenía su fe... en fin... de cualquier modo no podemos hacer nada...

—¿No tiene usted mi fe? ¿Qué quiere usted decir?... ¿Acaso siente usted?

—¡No—contestó él presuroso,—no! ¡Ante Dios... no!

Su voz cambió.

—Pero... Yo pienso... Creo que he sido indiscreto. Sé muy poco... he obrado con precipitación.

Se detuvo. Se avergonzaba de hacer aquella declaración.

—Pero hay una cosa que equivale por todas. La he conocido á usted. A través de este abismo de tiempo he llegado á usted. El resto está hecho. Hecho. Con usted también, unas veces he sido más... otras menos...

Se detuvo con expresión escrutadora, sin hacer caso de un mensaje acerca de los aeroplanos, que pasaban sobre Amiens.

Ella se llevó la mano al pecho y sus labios temblaron. Miró delante de sí como si entreviese alguna horrible posibilidad. De pronto sus facciones cambiaron.

—¡Oh... pero yo he sido honrada!—exclamó, y después:—Amo el mundo y la libertad, odio la crueldad y opresión. Seguramente ha sido esto.

—Sí—dijo él,—sí. Y nosotros hemos hecho lo que estaba en nuestro poder. Pero ahora... ahora que puede ser nuestro último momento, ahora que todas estas grandes cosas se han realizado...

Se detuvo. Ella permaneció silenciosa y pálida.

Durante unos momentos no se dieron cuenta de cierta agitación en el exterior, pasos, carreras y gritos.. Después Elena se quedó atenta.

—Eso es...—y se detuvo nerviosa, incrédula, triun-

fante. Y Graham también oyó. Voces metálicas gritaban: «¡Victoria!»... Sí, decían «¡Victoria!» Se puso en pie con una brillante esperanza en los ojos.

El hombre de vestido amarillo se precipitó en el aposento, temblando de excitación.

—¡Victoria!—exclamó.—¡Victoria! El pueblo vence. Las gentes de Ostrog retroceden.

Elena levantóse.

—¡Victoria!—Y su voz era débil y enronquecida.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Graham.—¡Hable usted! ¿Qué?

—Los hemos desalojado de las galerías bajas en Nowood, Streatam es presa de las llamas, y Rochampton es nuestro. ¡Nuestro... y nos hemos apoderado de la aeropila que estaba allí!

Por un momento Graham y Elena permanecieron en silencio, palpitantes sus corazones, mirándose el uno al otro. Por un momento brilló para Graham su sueño de imperio, de reinado, con Elena á su lado. Brilló y pasó.

Sonó una estridente campanilla. Entró un agitado individuo.

—¡Todo ha concluído!—gritó.—¿De qué nos sirve habernos apoderado de Rochampton? Los aeroplanos están en Boloña.

—¡El Canal!—exclamó el hombre de amarillo. Calculó rápidamente.—¡Media hora!

—Aun tienen tres estaciones—dijo el hombre de pelo canoso.

—¿Y esos cañones?—preguntó Graham.

—No podemos montarlos... es decir, en media hora.

—¿Pero se han encontrado?

—Tarde, desgraciadamente—replicó el anciano.

—¡Si pudiéramos detenerlos una hora!—gritó el del traje amarillo.

—Nada puede detenerlos ya—dijo el anciano.—Vienen cien aeroplanos en esa primera flota.

—¿Otra hora?—dijo Graham.

—¡Están tan cerca!—exclamó el jefe.—¡Y ahora que habíamos encontrado esos cañones! Tan sólo que pudiéramos emplazarlos en las terrazas...

—¿Cuánto tiempo se necesita para eso?—dijo Graham de pronto.

—Una hora... poco menos.

—¡Tarde—exclamó el jefe,—demasiado tarde!

—¿Demasiado tarde?—dijo Graham.—¡Una hora!...

Había entrevisto una posibilidad. Trató de expresarse con calma, pero su faz estaba blanca.

—Hay una probabilidad. ¿Dice usted que han cogido una aeropila?

—En la estación de Rochampton, señor.

—¿Rota?

—No, intacta. A punto de ser botada... Pero no hay aeronauta...

Graham miró á los dos hombres y después á Elena. Habló tras larga pausa.

—¿No tenemos aeronauta?

—Ninguno.

—Los aeroplanos son instrumentos groseros comparados con las aeropilas—dijo Graham pensativamente.

Volvióse súbitamente á Elena. Su decisión estaba hecha.

—Debo ir yo.

—¿A qué?

—A la estación... á embarcarme en esa aeropila.

—¿Qué quiere usted decir?

—Yo soy aeronauta. Después de todo... aquellos días que usted me echaba en cara no eran enteramente malgastados.

Volvióse al anciano.

—Ordene usted que pongan la aeropila sobre los rieles.

El hombre de amarillo vaciló.

—¿Qué piensa usted hacer?—gritó Elena.

—Esa aeropila es una probabilidad...

—¿Intenta usted?...

—Combatir... sí. Combatir en el aire. Lo he pensado... El aeroplano es de pesado manejo. Un hombre resuelto...

—Pero... jamás desde que la navegación aérea empezó...—exclamó el hombre de ropaje amarillo.

—No ha habido necesidad. Ahora ha llegado su tiem-

po. Vaya usted á llevar mis órdenes... que pongan la aeropila sobre los rieles.

El anciano interrogó al de amarillo, movió la cadeza y salió presuroso.

Elena dió un paso hacia Graham. Su rostro estaba blanco.

—¿Pero... cómo luchar? ¡Le matarán á usted!

—Quizás. Pero si no hago eso... ó permito que lo haga cualquier otro...

No terminó la frase, significando la alternativa con un gesto, y se miraron por un momento.

—Tiene usted razón—dijo ella por último en voz baja. —Tiene usted razón. Si alguien debe ir... es usted.

El adelantó otro paso hacia ella, y ella retrocedió; su pálido rostro volvióse.

—No—balbuceó.—No puedo soportar... ¡Váyase usted!

El extendió estúpidamente las manos. Ella se las estrechó.

—¡Y ahora vaya usted!—exclamó.—¡Vaya usted!

El dudó y comprendió. Hizo un gesto dramático. No encontró palabra que decir y volvió la espalda.

El hombre de amarillo se dirigió á la puerta con pesado paso. Pero Graham le apartó. Encaminóse al aposento donde el anciano transmitía por teléfono la orden de colocar la aeropila sobre los rieles.

El hombre de amarillo echó una mirada de soslayo sobre la figura silenciosa de Elena, vaciló y salió detrás de Graham. Graham no volvió la vista atrás ni una vez, no habló hasta que la cortina del gran salón no hubo caído detrás de él. Entonces volvió la cabeza en varias direcciones.

CAPITULO XXIV

LA LLEGADA DE LOS AEROPLANOS

Dos hombres vestidos de azul pálido estaban tendidos en la línea irregular que se extendía á lo largo del borde de la apresada estación de Rochampton, empuñadas las carabinas y atisbando entre las sombras de la estación llamada Wimbledon Park. A intervalos se dirigían la palabra. Hablaban el mutilado inglés de su clase y período. El fuego de los secuaces de Ostrog se había debilitado llegando á cesar, y eran pocos los que aparecían á la vista. Pero los ecos de la lucha que se sostenía en las remotas galerías bajas de aquella estación, llegaban ahora y después entre el sonido dominante de las descargas del pueblo. Uno de aquellos hombres describía al otro cómo había visto á un hombre oculto detrás de una traviesa, y le había apuntado á tenazón haciendo blanco.

—Allí está aún—añadió.—En aquella mancha... mira... entre unos hierros...

A algunos pasos de ellos yacía un cadáver, la cara vuelta al cielo, con una gran mancha roja en medio de su chaqueta de tela azul. Detrás un hombre herido, con el muslo roto, contemplaba con expresión los progresos del incendio. Destacándose como un gigante detrás de ellos se veía la aeropila.

—No la veo ya—dijo el segundo de los dos hombres con tono pensativo.

El otro levantó la voz para explicarle claramente la